

CAPITULO XIII.

SIGUEN LOS SITIOS.—ASESINATOS DE BLANCARTE, PIELAGO Y MONAYO.—LA EXPLOSION DEL PALACIO.—MARQUEZ Y MIRAMON SE SALVAN.

Despues del descalabro que sufrió D. Santos Degollado en las barrancas de Ateniquique por las fuerzas del general D. Miguel Miramon, volvió en Octubre del mismo año de 59 á sitiá Guadálajara que estaba mal guarnecida y la defendian los generales Casanova y Blancarte. Nunca sufrieron más los edificios de la ciudad que en esta vez, por haber apelado los sitiadores al destructor recurso de las minas subterráneas, y sesenta de estas practicaron en varios puntos simultáneamente, las cuales hicieron explosion el dia 27, sepultando en los escombros de grandes edificios, á infinidad de soldados que los defendian.

Viendo los sitiados los muchos perjuicios que la poblacion sufriría y que sus recursos se amenguaban á gran prisa, celebraron una capitulacion el 23 de Octubre, autorizada por los comisionados liberales D. Benito Gomez Farías y D. Esteban Coronado, y por los conservadores D. Teodoro Kunhardt consul de Prusia y D. Santiago Aguilar. Degollado concedió á los generales defensores, toda clase de garantías, en virtud de las cuales, Blancarte se quedó en la ciudad, eligiendo como habitacion la casa de D. Antonio Alvarez del Castillo.

Entre los jefes triunfantes figuraba el célebre bandido y ferroz asesino Antonio Rojas, terror del Estado de Jalisco, quien disgustado con la capitulacion pactada, envió grupos de la fuerza que mandaba, en busca de los tenientes coroneles Pielago y Monayo á quienes encontraron, al primero, herido de gravedad en la defensa que el 25 hizo del puuto de San Felipe, y spoderándose de ellos, fueron ahorcados. Pielago, en uno de los balcones del arzobispado y Monayo en la plaza de armas.

Mucho constornó á la ciudad este acto de barbarie, pero mucho más, el hecho de que Rojas personalmente asesinara en la madrugada del 29 á D. José Maria Blancarte, á cuyo fin se introdujo con otros bandoleros en la casa de Alvarez del Castillo dejando á la indefensa victima acribillada de heridas. Indig-

nado D. Santos Degollado por este hecho, por medio de un decreto puso fuera de la ley á Rojas, quien del momento se ocultó. Poco tiempo despues, el 9 de Mayo de 1859, el mismo Degollado, derogó el decreto, rehabilitando á Rojas en sus grados y derechos legales.

Degollado que tenia el don de acumular pronto grandes elementos, pero tambien el de perderlos con facilidad, fué derrotado una vez más por Miramon en las Barrancas de Beltran, en Diciembre del mismo año. Despues de esta jornada, el vencedor regresó á la capital de Jalisco, de donde era gobernador y Comandante militar D. Leonardo Márquez. El día 10 de Enero recibian Miramon y aquel en el palacio de Guadalajara las felicitaciones por el triunfo en las Barrancas, cuando á las once menos cuarto de la mañana, voló una parte del edificio, á causa de la explosion que hizo el depósito de pólvora que habia y que accidentalmente se incendió. Espantosa fué la detonacion, cayendo á tierra las paredes y techos de una gran parte del palacio, sepultando á más de doscientos soldados, á varios jefes y oficiales, y algunos paisanos entre ellos el notable abogado D. Antonio Escoto. Cuando Márquez y Miramon, por medio de una cuerda que fijaron en un balcón, iban descendiendo hácia la calle, se hundió el piso de la pieza en que estaban. La consternacion en la ciudad fué indescriptible. Alguno

nos aunque sin fundamento, atribuyeron este lamentable accidente, á varios individuos del partido liberal á quienes llegaron á señalar; pero la verdad es que fué casual.

El lector que no conozca Guadalajara, supondrá por lo que dejamos asentado, que es una plaza muy fuerte, no es así: le faltan obras de defensa; aunque bien fortificada, con una guarnicion pundonorosa y abastecida de los recursos necesarios puede recibir el empuje de numerosos asaltantes y resistir por algun tiempo; pero le habia llegado á la hermosa ciudad un periodo de cruels sufrimientos y los sitios se sucedian á cortos intervalos. Aun no se reparaba ni la mitad de los edificios arruinados por el de Octubre de 59, cuando el 23 de Mayo de 60 llegó el general Uraga á las goteras de la ciudad, intimando rendicion al general conservador D. Adrian Woll, que lo garantizaba con escasisimos elementos. El intrépido Woll no quiso rendirse; y al día siguiente á las cinco de la mañana, la ciudad sufrió el más rudo ataque de que se hace memoria, poniendo en juego los asaltantes 26 piezas de artillería y cinco mil hombres, en una carga á columna cerrada y simultánea por cuatro puntos del recinto provisionalmente fortificado.

Cuatro horas despues, las calles quedaron llenas de centenares de cadáveres de los valientes asaltantes, y aun su caudillo

arrojado en tierra estaba herido de una pierna. Los liberales emprendieron la retirada dejando abandonados 16 cañones, gran número de armas, abundantes municiones y multitud de prisioneros, entre ellos el General Uraga, quien á pocos dias sufrió la amputacion de la pierna. Woll se portó con el prisionero con una caballerosidad admirable, alojándole en su propia casa.

Caminaba la ciudad hácia el calvario á que habia sido condenada por los designios de lo alto; aun se hablaba en ella de los estragos de Mayo, cuando en Setiembre del mismo año un nuevo sitio, si bien el último que ha sufrido, vino á poner en comocion á sus sufridos habitantes. D. Severo del Castillo jaliscien-general ilustrado y valiente, defendia la plaza con 3,000 hombres, cercada por 14,000 al mando del general D. Jesus Gonzalez Ortega, desde el 27 del mes referido. Una conferencia celebrada por los dos caudillos en la garita de San Pedro, el dia 23, no produjo arreglo ninguno y se rompieron los fuegos por ambas partes.

Todo el mes de Octubre se pasó estrechándose el sitio cada dia más. Los víveres empezaban á escasear en la ciudad y los defensores de la plaza disminuian diariamente en la lucha,

mientras los sitiadores aumentaban sus fuerzas con guerrillas que llegaban de distintos puntos.

En este memorable sitio, D. Severo del Castillo, faltó de numerario para socorrer la guarnicion, mandó acuñar muchos quintales de plata que produjeron los candiles, blandones, candeleros, frontales y el ciprés de la catedral, de cuyas alhajas dispuso sin la voluntad de aquel cabildo.

La derrota que sufrió el 1.º de Noviembre D. Leonardo Márquez en el puente de Calderon, por un ejército que mandó desprender Gonzalez Ortega de las fuerzas sitiadoras al mando del valiente general D. Ignacio Zaragoza, puso fin á este sitio; firmándose el dia 3 una honrosa capitulacion, en virtud de la cual, el general Castillo evacuó la plaza despues de cuarenta dias de suprema angustia y de sufrimientos indescriptibles de los habitantes.